

Campos de juego

por el

Ernest Hemingway creía tener talento en el cuadrilátero luego de haber tomado lecciones con Ezra Pound, y volcó ese interés en parte de sus obras de ficción más conocidas. Sus retratos de pugilistas van desde el vanidoso Robert Cohn, de *El sol también se levanta*, hasta el apático Ole Anderson, quien aguarda su propio homicidio en el clásico cuento "Los asesinos". Paul Fournel, en su relato "Dos amigos", nos muestra que quizás lo que más importa en la literatura no es lo que sucede ni a quién le pasa, sino el espaciotiempo donde acontece.

Incluso Toni Schumacher y Marcel Dessailly en sus memorias como jugadores profesionales, el mesurado árbitro inglés Dennis Howell en sus relatos sobre lo que significa ser el juez principal dentro del campo, y el periodista George Plimpton luego de conducir una serie de jugadas de los Leones de Detroit, todos ellos han cumplido el deseo de millones de fanáticos y paleros, de lectores apasionados y sesudos: pisar la cancha, moverse dentro de ella. Cada punto geográfico, cada espacio en el tiempo exige su tratamiento literario.

¿Por qué deportes rudos y antintelectuales, como el boxeo, el futbol soccer y el futbol americano fascinan a algunos escritores y artistas, entre ellos ciertos refinados pensadores?

Tal vez porque generan la misma expectación en el público y abordan los mismos temas que los asedian como creadores: el dolor corporal y la pericia, la lealtad hacia el enemigo en la cancha (la página en blanco), el estrellato y la soledad. El equipo, cada uno de los once de la tribu, enfrenta un adversario que es una distorsión onírica de sí mismo en el sentido de que su debilidad, el riesgo de fracasar y de ser gravemente herido, sus cálculos mentales, todo ello puede considerarse como poderes que pertenecen al Otro. Los parámetros de su propio ser no son más que afirmaciones, fronteras del yo con el Otro.

Cuando un boxeador ha sido noqueado, cuando el espíritu material de un equipo ha sido socavado en la cancha, no significa pérdida del conocimiento, o incluso mutilación. Quiere decir más bien, y por medio de una analogía, que

han sido puestos fuera de combate en el espaciotiempo. Los últimos 15 minutos del segundo periodo, el conteo de los diez segundos, la marca de los dos minutos, constituyen cierto paréntesis metafísico a través del cual debe internarse el boxeador en la lona, la oncena atrás en el marcador si esperan persistir. El escritor Juan Villoro pregunta a uno de los grandes cronistas de futbol de todos los tiempos, Ángel Fernández: "¿Es el futbol una imagen de otro mundo posible?" "Es el mundo irreal que gozamos durante 90 minutos en los grandes días", responde Fernández.

Sin embargo, no debemos engañarnos. Si a veces parece que los escritores sienten una atracción particular por los deportistas, es simplemente porque están en una posición tal que pueden difundir sus pensamientos. Cualquier semejanza entre ambas ocupaciones es un acto de pura imaginación premeditada. "La soledad de cada uno de los miembros del equipo al ponerlo todo en juego", "la ostentación del ego al desnudo" y otras frases como estas, que tratan de relacionar la suerte del escritor con la del deportista, contienen juicios más del deseo que de la realidad de sus respectivos propósitos. Es precisamente la condición del escritor sobre el insalvable abismo que existe entre su profesión y las contiendas deportivas lo que impulsa estas comparaciones.

El futbol no es un encuentro estético ni una danza erótica. Es un trabajo riesgoso, como el del gladiador. Sin duda, los jugadores profesionales son la versión moderna de los gladiadores de la Roma imperial. Ya no son esclavos más que de su propio cuerpo, y los reyes y las mujeres más bellas del

mundo los saludan con especial admiración. Un encuentro es un choque, y en las mejores colisiones la habilidad de los protagonistas, su coraje y gracia pueden hacernos olvidar por momentos el fin hacia el que están siendo arrojados.

He ahí, si no, las memorias del "carnicero" Toni Schumacher, arquero de la selección alemana que materialmente destruyó la delantera de Francia en aquella semifinal durante la Copa del Mundo de España 1982. Schumacher relata con paso firme las corruptelas de la liga alemana. No alcanza a ser gran literatura, pero la intención es clara y provoca el efecto esperado. En un tono similar, donde la crónica toma la batuta, se encuentran las memorias de Denis Howell, el magnífico árbitro inglés de los años de 1960. En el capítulo "Tiempo extra", y como espectador durante la final Alemania vs. Inglaterra del verano de 1966 en el estadio de Wembley, Howell nos regala una espléndida narración desde la óptica del juez en la cancha:

Después de 10 minutos de tiempo extra, se abre una hermosa avenida por el interior izquierdo del bastión alemán, gracias al intercambio de pases entre Stiles, Ball y Hurst. Este último empalma el balón de lleno y la bolea va a pegar en la cara inferior del travesaño, rebota en la línea de gol y es cabeceada por un defensa alemán. ¿Cayó dentro o sobre la línea? El estadio completo contiene el aliento. Recordemos que la clásica definición de gol es: "todo el balón ha de rebasar toda la línea de meta". ¿Cómo saber si este riflazo cayó 20 centímetros dentro de la línea?

Los árbitros en las gradas tuvimos una reacción instintiva. ¿Dónde estaba parado el árbitro principal? ¿Podía formarse un criterio desde esa posición? La respuesta en este caso es no. Sólo alguien con perspectiva, desde una banda, podía ofrecer una opinión autorizada. El señor Dienst busca a su auxiliar, el señor Bakjaaramov, quien ya agita su bandera, y corre hacia él. Es un momento dramático que el fútbol soccer jamás había vivido antes. No sólo un estadio, sino 400 millones de telespectadores en todo el mundo presencian por primera vez la final de la Copa del Mundo en vivo, y todos ellos, en más de cien lenguas, suman ahora su juicio. Los árbitros saben que la televisión repetirá una y otra vez la jugada en cámara lenta, que decenas de fotógrafos y camarógrafos registrarán sus placas y cintas desde muchos ángulos. Nada de eso importa ahora. No hay tiempo de asambleas ni de comités, ni tampoco de evidencias gráficas. Hay un momento de duda entre el árbitro suizo y el abanderado ruso, hasta que por fin parecen entenderse. El ruso apunta su bandera hacia el centro de la cancha y el árbitro silba, elevando su dedo y corriendo hacia el círculo del saque. El gol había sido marcado. Inglaterra se ponía a la cabeza y, a pesar de todo lo que se dijera en adelante, la historia estaba escrita.

Bobby Robson, por su parte, director técnico de la selección inglesa en las copas de 1982 y 1986, y quien tuvo la fortuna de contar con temibles centros delanteros, como Trevor Francis y Gary Lineker, nos relata el mundo que se

echa a cuestras un técnico en el apasionante juego mental entre jugadores y el diseñador de estrategias. Sus memorias pueden resumirse en una sola frase: "Tan cerca y, sin embargo, tan lejos". Lo mismo pasaba por la mente del novohispano Juan Ruiz de Alarcón, quien a principios del siglo XVII, en *Las paredes oyen*, arremetía contra esta insana pasión por patear "un cuero lleno de viento". Y, sin embargo, Beltrán sucumbe al encanto de la contienda porque Séneca, a su vez, quien también había sido seducido, "la comparó al vano presuntuoso: / y esa semejanza ha dado / sin duda al juego sabor, / porque no hay gusto mayor / que apalear un hinchado. / Mas si miras el contento / de un jugador de pelota, / y un cazador que alborota / con halcón la cuerva al viento, / ¿por dicha tendrás la risa / viendo que a presa tan corta / que vencida nada importa, / corre un hombre tan de prisa, / que apenas tocan la yerba / los caballos voladores? / ¡Válgaos Dios por cazadores! / ¿Qué os hizo esa pobre cuerva?"

Eso mismo se pregunta el poeta chileno Gonzalo Rojas, cuyo poema "Fútbol sin parar" dice: "Todo lo futbolero, pelotas / y patas, se jerarquiza hasta la cresta / del Aconcagua: ¿metáfora / de patear por patear, o exhibición / de cuero del Testículo / en el césped hinchado así: Mayúsculo; que eyacula y / hace eyacular / estadios enteros y salpica / retórica y grasa por / satélite en / los idiomas todos: el maya, / el etrusco incluso? / Pensar / que hubo toreros, gladiadores / en la apuesta, / y ritmo. / Píndaro / hubiera llorado."

Cada cuatro años se pone en juego la supremacía de dos estilos irreconciliables, de dos formas de ver el mundo en la cancha. Al igual que en la literatura clásica y contemporánea, en la nacional y en la tribal, de tanto en tanto se renueva la capacidad expresiva de una generación. De acuerdo a la famosa clasificación del poeta, cineasta y jugador *amateur* de soccer, Pier Paolo Passolini, la creación literaria y futbolística son equiparables, y por tanto puede decirse que ambas, en algún periodo de su desarrollo, se han mostrado defensivas, descriptivas, y otras veces ofensivas, inspiradas, poéticas. A veces son barrocas y a veces neoclásicas; se inclinan por un nuevo expresionismo o por un realismo minimalista; asisten al triunfo del maximalismo y buscan nuevas tendencias. Evocan con verdadera maestría y embrujan, o bien quiebran las líneas enemigas bajo un esquema en el que el director técnico prefiere un fútbol en prosa. Pueden ser "prosistas realistas" o "poetas realistas".

Así, a diferencia de Maradona, quien era un poeta sin tema, Hugo Sánchez jugaba un fútbol en prosa, pero su prosa era poética, de artículo en la mejor sección cultural. Igualmente David Beckham, quien podría escribir en el *Times*, y es más poeta que Zidane. A menudo interrumpe la prosa y se saca de la manga dos versos fulgurantes. Que quede bien claro que no hago distinciones de valor entre prosa y poesía; al igual que Passolini, la mía es una distinción meramente técnica. Sin embargo, al igual que la literatura italiana de mediados del siglo XX, la literatura francesa,

sobre todo la más reciente, es la literatura del articulista cultural, que es elegante y, cuando mucho, estetizante. Su fondo es casi siempre conservador, algo provinciano y obsesionado con los pecados del pasado. Al mismo tiempo, la escuadra campeona del mundo practicó una prosa estetizante que no la llevó ni al título ni a la gloria. La poesía provino en esta ocasión de los conjuntos africanos y asiáticos, dueños de una vigorosa literatura regional emergente.

El sueño de cada jugador (compartido por cada espectador y cada escritor) es el de avanzar desde medio campo, burlar y anotar. El poeta Antonio Deltoro anota en su poema "Balón": "Más que la pelota/ que parte de la mano / me maravilla el balón / que sale del suelo disparado. / Todos lo vimos atravesar / el ángulo preciso y cruzar el espacio. / Nunca ni el globo, ni el avión, / ni el pájaro o la flecha / partirán tan llenos de milagro. / Todavía lo siento en el pie: / ya está entre esas redes / creadas por dos piedras."

Por desgracia, Passolini no pudo vivir para admirar la transformación de la prosa estetizante en prosa poética, en los botines de Johan Cruyff, Bernard Schuster y Paul Gascoine. *El miedo del portero ante el penalty*, del novelista alemán Peter Handke, es una alegoría de los hombres profundamente solos, rodeados de historias que van más allá de sus fuerzas y no pueden contenerlas. Y, tanto para el árbitro de la liga *amateur* que pasea su figura al igual que un fantasma, como para el portero, quien es el más solitario de los once, ha llegado el momento de tomar una decisión. Con una voz igualmente totalizadora y llena de sutiles evocaciones, como solía tejer en la media cancha Zico su futbol, el poeta de Zacatecas, José de Jesús Sampedro, caracteriza el espaciotiempo de las grandes estrellas: "El aire azul de Vavá, de Moore; la luz; el gran *fluir* de Gilmar; la fiera audacia de Puskas; afable flor de Garrincha; raudo caos de Vogts; el denso oasis de Keegan; el fiel ayer de Liedholm; la (ubicua) voz de Batista; el alto vuelo de Zoff; el viable lirio de Gullit; el fasto humor de Pelé; de Yashin; la red; el ruin *spleen* de Scirea; el verde sur de Sotil; el ruido (el alma) de Cruyff; la luz; el fiable signo de Zico. Irradia (exhala); el oboe. Irradia (exhala) la esfera."

La literatura, como el juego de espejos, de toma y daca en que puede convertirse el futbol, tiene una evidente obsesión con el cuerpo. Horas antes de saltar a la cancha se lleva a cabo un ritual destinado a elevar el espíritu y a calentar cada uno de los músculos y huesos. El jugador tiene un enorme celo sobre su propio cuerpo y lo sufre en forma distinta que una bailarina o un escritor. Quienes marcan una época por su estilo y por su físico, como Balzac y Romario, no pueden ser comparados con sus epígonos.

Una figura infaltable, la del cronista que dramatiza lo sucedido en el campo de juego, es retratada en la novela *Soñé que la noche ardía*, del chileno Antonio Skármeta: "Y ahora Facús, si no es indiscreción, cómo vio la jugada, ¿cree usted que fue penal?"

En la literatura como en el futbol americano, el soccer y el boxeo, dos más dos son cinco, como pensaba Nicolás Gogol. Y el orden de los factores sí altera el producto. El futbol surge de extrañas y repentinas combinaciones entre dos o más competidores, incluso dentro de cada uno de quienes logran conectarse. ¿Cuánto tiempo más este deporte será una metáfora que satisfaga nuestra forma de ver y hacer el mundo? Mientras existan volantes que, con una finta de cuerpo, manden a volar a su líbero y abran avenidas. Como dice el novelista Paul Fournel, mientras siga siendo un juego de vencedores y de amigos, de gente que sepa patear como mula y sepa hacerse olvidar. Mientras siga siendo de los que corren los cien metros en diez segundos y medio, pero nunca de los que dan zancadas inútilmente, mucho menos de los que se comprometen por un balón perdido. Mientras siga siendo de los que evitan correr al matadero tras todo lo que envían los volantes y su querido guardameta. En el relato "Dos amigos", de Fournel, un jugador del equipo profesional Marsella F.C. reflexiona sobre un compañero y sobre sí mismo en el campo:

Lo que más me fascina es esa manera que tiene de dormir en la cancha y despertar de repente, de estar al cien por ciento en un segundo y, al momento de un disparo, ser el futbol mismo. Yo soy un matemático; construyo, ordeno, driblo, distribuyo, dibujo el futbol en la cancha. Fabrico el movimiento de los demás. Hago circular el balón como algo objetivo. Quito pelotas y doy pelotas. Él se mete dentro de la pelota y la hace goles. Una vez que ha decidido atacar, nadie puede seguirlo, y cuando se decide a chutar, los porteros se estiran. Los veo cuando su defensa es desbordada, saltando de un pie al otro, listos para escoger su lado, colocando instintivamente las manos delante de la cara. La pelota le llegó a la altura ideal, la golpeó de aire con el empeine, pecho hundido y brazos abiertos. Una precisión como para quitarle las telarañas a los ángulos.

De hecho, ya en las primeras contiendas de las que se tiene memoria, las cuales se encuentran en la *Iliada* y en la *Odisea*, son cruciales la manera y el estilo de hacer lo que debe hacerse dentro de la arena de combate. Odiseo, oculto aún tras las ropas de un mendigo, cavila cómo destrozará al "correveydile" Iro, si con un empujón tal que el alma se le vaya a tierra, o bien, suavemente, y para evitar notoriedad, con un puñetazo que, no obstante, ha de fragmentarle la mandíbula. Todo tiene su momento, incluso la mejor literatura. Cuando, en 1719, el "profesor" James Figg demostraba su bravura en un anfiteatro de Londres ante figuras como Alexander Pope y Jonathan Swift, el boxeo alcanza su momento culminante en el ámbito literario. Cien años más tarde, aún podía verse a los epígonos del mar, como Lord Byron, frecuentando las habitaciones del excampeón John Jackson, el Caballero, con intenciones de practicar "el noble arte", al igual que el brillante ensayista William Hazlitt. Ahora es el momento del futbol y la literatura. Con un poco de suerte, veremos el resurgimiento en ambos campos de una prosa poética. ♦